



Seix Barral

Iván Repila

Prólogo para una guerra





Seix Barral Biblioteca Breve

Iván Repila

Prólogo para una guerra

© Iván Repila, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-322-2987-9

Depósito legal: B. 24.097-2016

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

11	I. Dibujos
63	II. Anteproyecto
127	III. Proyecto de ejecución
183	IV. Construcción
245	V. Ocupación
267	Anexo. El cuaderno rojo
285	<i>Agradecimientos</i>

--

Oona salía de casa temprano, recogiendo la primera luz estampada en su calle con el rostro limpio y los ojos abiertos. Caminaba como una flor abierta con la savia corriendo, crisálida en sus botas, habitando el espacio envuelta en un rumor de viento, condenada a pisar la tierra con un andar humano. Era una belleza efímera y desobediente, que viajaba apenas con un gesto o una mueca de la hermosura hasta el recuerdo de un lugar mediocre, volandera inocencia, que no llamaba al asombro sino cuando estaba cerca, que no dolía.

Durante meses, no supo que la estaban siguiendo.

Para ella, la ciudad era un enigma a ser resuelto, un misterio sepultado entre símbolos. Entraba en ella como un jardinero o un conquistador, con el pelo corto, sin joyas, sin reloj, dispuesta a ensu-

ciarse las manos y las piernas, sonriendo holgadamente, franca. Olvidaba la contaminación, la confusión y la velocidad y observaba los nudos: la maraña de cuerdas que la unían a la tierra por los dedos, extensiones de sí misma que podían arrastrar o ceder, perderse en kilómetros de curvas, romperse, colgarse en pararrayos; nudos que la ataban a cientos de personas como ella, familiares, amigos, hombres que veía a diario, ancianos que no tenían nombre, mujeres displicentes, niños que llamaban su atención por una prenda, viejas a las que oía rabiarse, atados, todos ellos, a su vez, por otros nudos. Qué telar invisible, pensaba mientras se dejaba llevar, recogiendo y tirando, recogiendo y tirando, empeñada en su minúscula cruzada.

Oona caminaba. Caminaba siempre. Caminaba como entregada a una adicción, tratando de entender los nudos y desenredarlos, de desatar cada uno de sus miembros de esos lazos que la sujetaban y a los que ella, inquisitiva y breve, les otorgaba la categoría de grilletes. Aspiraba a una desnudez completa, a soltarlos todos, porque al hacerlo la ciudad se encendería y podría ver en ella, sin el desconcierto de su tejedora, todas las luces del mundo: un perfecto horizonte de nada, pacífico y albino, donde ella sería el único ser libre. Tal vez por eso nunca se detenía en los semáforos, ni en los pasos de peatones, imbuida de una velocidad

despreocupada, como si las aceras fueran la lengua pegajosa de un pozo encharcado. En ocasiones sonreía a nadie, tropezaba, miraba el cielo. Parecía una extranjera que estuviera memorizando el arco de las avenidas, la órbita de las arcadas, las hipérbolas, las azoteas; o tal vez lo que hacía era contar palomas, o estornudos, o números impares. Pocas veces, para llegar a su oficina, escogía el mismo recorrido: daba la impresión de trasladarse movida por un eje que basculase describiendo círculos inmensos, Oona el péndulo, o como un mar que no entendiese las leyes de la física y ofreciera dentelladas de espuma a uno u otro continente, absorbiendo la costa, Oona el océano.

Ésa era la primera Oona.

La segunda salía más tarde, cuando la luz estaba saturada de azogue y recordaba a un vapor de hulla, negro y pesado.

Oona entonces caminaba despacio, sin aletear, repitiendo bulevares, plazas, barrios, como empujada por el magnetismo de un polo doloroso que trataba de dejar atrás. El hombre que la seguía podía sentir el desgaste de los adoquines, sus pasos borrando la ciudad, el desinterés de su paseo. Muchas veces se alejaba de ella y la dejaba vagar, consciente del destino que la motivaba y que no tributaría otra cosa en el recuento de la perplejidad que una incalculable ausencia. Ella escondía los ojos, como azorada por el paisaje o por la multiplica-

ción de su mirada, titubeaba en las intersecciones y daba rodeos inútiles, innecesarios, propios de una dolencia que no padecía.

Le costaba regresar a casa. En ocasiones exprimía la manzana, una y otra vez, antes de entrar en el portal. Dos, tres, cuatro vueltas. Cuando finalmente lo hacía, los hombros se le hundían y los brazos le llegaban al suelo, dándole un aspecto monstruoso, sin juventud, torcida en un gesto repulsivo. Oona la ahorcada.

La tercera Oona dejó de salir, hasta que dejó de entrar.

La que no salía era un fantasma que asomaba junto a la ventana termal del ático que compartía con Emil, transparente como un pellejo seco. Fue entonces cuando percibió la presencia de aquel hombre, que la observaba desde el exterior ajeno a lo que no era ella: ambos proyectaban una cierta emoción hacia el otro que formaba una columna oblicua, húmeda y frágil. Oona el mineral, la estalactita.

Una mañana Oona se fue y no volvió. Acarrea dos maletas, una en cada mano. Dos ojos hinchados y oscuros, despojados de vocales y de consonantes y ya sin dirección, la boca atada en un visaje doble, el pecho abierto. Parecía sustituida por su sombra.

Emil dejó de pronunciar su nombre cuando quiso olvidarla, cuando necesitó borrar su estela

para siempre: lo que no se dice, no existe. Lo que no se recuerda, no vive. Lo que no se nombra, no es.

Oona la ausente, Oona la anónima.

Hubo una cuarta.

--

Cuando propuso entrar, los más valientes accedieron; algunos, indecisos, se sumaron; a muchos los venció la cobardía. El viaje, por llamarlo de algún modo, aunque en rigor fuera más el grito en el escudo heráldico de un linaje de parias que un desplazamiento con origen y término, se reveló como un combate desigual, un accidente explicado por un fracaso de siglos: el de no saber qué hacer los unos con los otros.

Lo llamaban el Mudo, en su ignorancia. Nunca supo con certeza por qué tantos se acercaron a él, además de Hache, pero sabía, por experiencia, que en la calle los rumores no se olvidan con facilidad y que el silencio que lo delimitaba, indisputable, categórico, era un sedal irresistible para los desposeídos.

De él dijeron muchas cosas: tú el profesor expulsado por mala conducta, tú el militar subleva-

do, tú el anarquista, tú el niño salvaje. Mentiras, historias, fábulas. El Mudo siempre pensó que muchos lo siguieron porque su perro inspiraba el respeto de quien se sobrepone. Era grande y negro, un cruce perseguido de mastín y de galgo, tal vez con un antepasado dóberman, con sangre de pastor, de cazador, de presa. Caminaba de lado, como un cangrejo, y su cuerpo inventaba una elipse más propia de un felino bosquejado a tientas que del lomo erecto de los perros. El Mudo se dirigía a él con silbidos breves y con golpes de glotis, y entre los dos fundaron una confianza que duraría años.

Lo encontró en el horno de una cocina abandonada, en un viejo almacén donde su propietario, a la vista de las condiciones higiénicas y los utensilios que se acumulaban, tenía un criadero para experimentar con razas castigadas a la justa. El edificio era una choza mugrienta sin agua ni electricidad, separada varios cientos de metros de la siguiente nave, en una zona industrial alejada del centro en la que el Mudo, jugando al escapismo, llevaba semanas tratando de apartarse del aburrimiento durante los peores días del invierno, y los aullidos se oían por debajo de las ruedas y los golpes y los zumbidos de las carreteras. Forzó la puerta, no tanto con la intención de averiguar de dónde surgían los lamentos como por la necesidad de protegerse de la lluvia y del frío, y el olor del interior le revolvió el estómago. Contó, como

pudo, tres docenas de animales vivos, y muchos muertos. Sobrevivían encadenados entre sí y a grandes argollas de metal clavadas en el suelo, y parecían no haber conocido jamás la luz del sol excepto el día de su nacimiento: miraban esperando un golpe de pala, un disparo, un bidón de gasolina o una soga. Su presencia los revolvió, los hizo patinar entre las heces, la orina, los vómitos antiguos, que saturaban la estancia como la nube de una fumarola. Ladraban, excitados, aunque sin saber por qué, y él no quiso interpretar entonces si eran las voces de quien pide auxilio o de quien amenaza. Los más pequeños estaban aplastados en los recovecos, mostrando su tuétano de gelatina a través de heridas que los atravesaban desde el cráneo hasta el lomo. Los más grandes, escuálidos y hambrientos, tenían los ojos blancos de cuajada por la costumbre de la oscuridad, y los dientes partidos, como sierras al rocío del óxido, de roer huesos y paredes y muebles. Distinguió machos y hembras, razas y alturas; reconoció el gobierno arbitrario de las enfermedades, un perro decisivo cuyos genes infectaban a cada uno de los perros: legañas purulentas, miembros deformados, orejas que habían servido de alimento. Entendió que aquellos animales eran los despojos de las camadas inservibles, los vástagos que se quedaron sin propósito, al albur de una muerte que los descargará del peso de estar vivos.

Tardó varias horas en abrir los goznes y arrancar, una por una, las cadenas. No tuvo miedo: lo impulsaba una retórica de la justicia, una piedad proporcional al sufrimiento de sus semejantes. Sin nada que ofrecerles de comer, dado que él mismo llevaba horas sin hacerlo, llenó cubos con el agua de lluvia que asolaba el exterior, sobre los que cayeron frenéticos los más fuertes y rápidos. Luego acercó los cubos a los que no podían desplazarse o moverse. Cuando escampó y el silencio desecó la noche, abrió la puerta doble desde el interior y los conminó a marchar: silbido, silbido. Se fueron cojeando, arrastrándose sobre patas inútiles, tropezándose con el entusiasmo de sus emociones, como peones liberados de un tablero que nunca llegaron a entender. Sólo unos pocos, además de los muertos y de los moribundos, se quedaron con él, tal vez impresionados por la contingencia de avanzar por una cárcel nueva, crepuscular, desconocida, o incapacitados para siempre por lesiones de las que ya nunca podrían reponerse. Pasó la noche con ellos, y al amanecer varios habían muerto, como si su única razón de ser hubiera sido la obediencia al castigo y ahora, liberados por fin de ese edicto mortífero que los doblegaba, pudieran descansar el cuerpo. El Mudo se sintió aquella mañana más perro que hombre, y deseó, sin vergüenza, aprender a caminar a cuatro patas y perderse con ellos para siempre.

Uno por uno se despidió de todos, con un golpe en el lomo y una caricia breve en sus cabezas, rodeando las llagas para no lastimarlos, pastores malheridos, y ya estaba por continuar con su viaje cuando una gigantesca perra joven, prematuramente ciega, le hizo un gesto extraño, pero obvio, hacia uno de los muebles de la estancia. Levantó su enorme cabeza de mastín y golpeó con ella las patas de una mesa, que se movió hacia atrás y chocó contra una silla, a pesar de su tamaño y de su aspecto recio. Sobre la mesa había unos cubiertos sucios y un vaso de cristal, que no volcó. Y un horno microondas, sin cables, inservible.

Durante una eternidad o una vida entera el Mudo no se atrevió a abrir la portezuela del electrodoméstico. A la sombra de aquel campo de exterminio tenía la certeza de que dentro sólo hallaría los restos de una cría indócil, o demasiado fea para ser vendida, o elegida al azar para infundir el más fulminante de los miedos, cuyo dueño había encontrado en el horno la respuesta crematoria a la pregunta sobre la necesidad de un animal estéril, pero la insistencia de la perra pudo más que su desasosiego y, casi cerrando los ojos y tapándose la boca con la mano, preparado para un golpe de vista que lo dejara, como a la perra, ciego, abrió la puerta.

Lo contrario a la muerte.

Dentro del horno encontró un cachorro negro, doblado sobre su propio tronco, que ocupaba todo

el espacio de cocción, como una maleta desbordada. Cómo había logrado resistir, lo ignoró en aquel momento y lo ignoró más tarde, pero cuando lo sacó, pues el cachorro no era capaz de moverse por sí mismo, supo que había pasado los últimos días de su crecimiento multiplicando el tamaño dentro de aquel ataúd blanco y metálico, y que unas horas más habrían completado por fin su aplastamiento. Lo dejó en el suelo, junto a la perra. Ella lo lamió sin tregua y el cachorro, agradecido, le devolvió el gesto con la lengua torcida, asomándola por el flanco del hocico, como si no supiera bien qué hacer con ese miembro elástico ni cómo usarlo. El Mudo llenó sus manos con el agua del cubo y le dio de beber, pero el cachorro sólo podía sumergir la cabeza y vomitar el agua, probablemente por no tener conciencia de la rutina básica del acto de ingerir un líquido. Algo en el hombre se rompió, se hizo pedazos frente a aquella vida que impugnaba el rendimiento de la crueldad, aquel ridículo monstruo peludo incapaz de lamer o de andar o de sorber, tan pequeño que podría haberlo exprimido con sus manos, rebosantes de odio, y no llenar siquiera uno de aquellos cubos con su sangre.

Cuando se alejó del almacén, algunos de los perros salieron con él. No a su lado, sino como una suerte de cortejo para despedirlo. Ninguno esperaba nada: poco puede ayudar un hombre que no puede ayudarse a sí mismo, salvo, quizá, a la enor-

me mastín ciega, que olisqueó el aire y giró, satisfecha, su inmenso cuerpo hacia la casa sin goznes ni cadenas, adonde llegaría, al cabo de unas horas, el propietario.

En los brazos del Mudo, envuelto en su vieja chaqueta y protegido del frío, que cortaba la carne como un degolladero, el cachorro negro intentaba morder, por vez primera, con sus pequeños dientes de cristal, la mano de un hombre.

--

Setenta y dos pequeños vidrios, ocho ventanas, una puerta; el ático se explicaba por contraste con el exterior y su argumento era el de la intimidad y la reserva. Desde allí, la ciudad centelleaba por el día al reflejo del sol y por la noche era el anuncio de un barco de recreo, con sus ojos de buey alejándose, las perfectas siluetas de los edificios tan sólo un poco más oscuras que el retrato final del horizonte.

En el centro de la gran sala, sin tabiques ni separadores, acotada en un extremo por el escalón que subía a las habitaciones y en el otro por la cocina negra, con su isla cuadrada, y el breve corredor que ordenaba los cuartos de baño, los despachos y el trastero, la chimenea era un pilar sobre el que descansaba el recreo de la convivencia: un fuego que invitaba a desnudarse y caminar descalzo, re-

gresar a la tribu, arrancar del árbol la fruta madura y bebérsela a ciegas, con los ojos cerrados.

La iluminación buscaba el eclipse, alumbrar y ser vista, regalando los rincones precisos de penumbra y de cielo, señalar la travesía de madera pulida como una senda segura donde dormir, o arrastrarse, o bailar, dependiendo de la fiesta astronómica que la luna, visible desde cualquier punto, sugiriese. Una casa como un bosque, un bosque como un refugio, un refugio como un hogar, así la decidieron.

Emil llegó más tarde de las once, sudoroso. El traje lo agobiaba, pero quiso dejárselo: se gustaba con la chaqueta y la corbata, la barba recortada, el pelo revuelto. El espejo del vestíbulo le devolvió a un hombre de cuarenta y cinco años, con antebrazos fuertes y hombros anchos, tal vez excesivamente largo, espigado, sin nalgas. Tenía los ojos vivos y las cejas grandes. Oona, que había sido advertida por él de la hora a la que llegaría, preparaba una parrillada de verduras. Lo saludó con un gesto de cabeza, sin mirarlo, concentrada en el corte de una zanahoria, y no lo vio acercarse, pero sintió que él la abrazaba por la espalda, con las manos abarcándole los pechos, un golpe de cadera, por debajo, y un regusto dulzón a colonia de hombre, por encima. El impulso hizo que se le escurriera una de las zapatillas, sólo una, que dejó al descubierto un pie menudo, un tobillo ligero, diamanti-

no, y cinco uñas delicadas, rojas de laca. Emil la levantó del suelo y la besó en el cuello, primero, y en la boca, después, girándola sin separar los brazos, demorándose en los labios, sin abrirlos: un beso infantil, tirante, estrecho. No era una felicidad instalada y estable, la de entonces, sino un lance efervescente, un campanario llamando a celebrar la ventura de los habitantes. Sacad el fuego, los tambores. Que las mujeres bailen. Que no duerman los niños.

—Cómo va —le preguntó ella.

O quizá habló en plural, incluyéndose en el logro, más por percibirse como cómplice que por adjudicarse un mérito que no correspondía:

—¿Cómo vamos?

Emil le respondió con la sonrisa abierta, puntiaguda. Sin decir palabra y exagerando el misterio con los ojos, frente a los impacientes ojos de Oona, que los abría como si contuvieran la lengua de un camaleón y quisiera atrapar con ellos la respuesta, frente a dos labios comprimidos en una lámina de pulpa, cogió una botella de vino de la cámara, la descorchó, sirvió su contenido y ofreció un brindis. Ambos se contagiaron de alegría.

—¡Bravo! —gritó ella, antes de beber y de besarlo, esta vez sí, buscándolo por dentro.

Emil acogió su lengua húmeda. Le devolvió una rima conocida por ambos, llenándole la boca y replegando luego, lentamente, hasta un cuarto

intermedio, la punta de la suya. Hubo un movimiento rápido, casi inconsciente, una mano bajando por la espalda, unos dedos inquiriendo el tacto de la ropa, un ojal que tiraba.

—¿Puedo ver algo? —añadió.

Le desabrochó el primero, el segundo, el tercer botón de la camisa, seduciéndolo sin importancia, incidiendo más en las preguntas que en las manos, que obraban aparentemente despistadas, ajenas o instintivas, esbozando un juego para adultos que no tenía reglas.

—El diseño y los vídeos están en la oficina. Aquí tengo el dibujo, los dibujos que hice. Bueno, al principio.

Emil se dejó hacer mientras repasaba las prendas que cubrían aquel cuerpo aceituna, ni atezado ni blanco, decidiendo si debía y por dónde y con qué mano, y hasta cuándo.

—No —protestó ella, que notó en su cuello una lengua mojada, la travesura del lugar común, el latido en el pecho.

—¿Por qué no? —Plegó Emil la camiseta de Oona, desde abajo, tanteando la piel con suavidad hasta la curva. Con el dorso de los dedos dibujó dos medias lunas, que temblaron y se levantaron, gemelas.

—Porque nunca entiendo tus dibujos. Son... difíciles. No tienen proporciones, no tienen sentido. Están llenos de manchas, como si los hubiera

dibujado un niño. Me pierdo en ellos, aunque quizá es mi culpa. Son tan esenciales, tan poéticos... Luego, cuando veo el diseño o la maqueta, todo cambia: veo también la lógica, los esqueletos, las verdaderas dimensiones. ¡Tus dibujos son absurdos! Tienen algo de acumulación, de yuxtaposición. Y no te ofendas, *mi amor*, pero nunca se parecen a tus edificios.

A Oona le gustaba hablar durante los preliminares, porque la conversación convertía el puro instinto en un sorbo sutil, irresponsable, y perdía la vergüenza de entregarse. Abrió completamente la camisa de Emil. Tiró de los faldones para liberarlos de la presión del cinturón de cuero, la dejó caer al otro lado, por la espalda, desnudando los hombros. Se ensañó en una mirada a medio abrir, con la boca a punto de tocar, un movimiento que despertaba en Emil el narcisismo de lo deseado.

—Sí que se parecen. Son exactamente mi edificio —respondió él.

A Emil le gustaba ser escuchado durante los preliminares, porque la conversación convertía el puro instinto en un combate que discriminaba las armas con las que jugar más tarde: puños, espadas, catapultas. La separó de su cuerpo unos centímetros y le quitó la camiseta. Oona se partió, así, en dos mitades: la superior, que temblaba por su descubrimiento, y la inferior, unos pequeños pantalones deportivos, ceñidos a la cintura por una franja

elástica. Por debajo de los pantalones, levemente suspendidos sobre el centro de los muslos, Emil ya no veía nada: era un puzle de piezas incompletas y flexibles, un caos que codiciaba. Quiso redibujarla, ponerle un cartabón sobre los pechos, alinear una escuadra, graduarle los ángulos, afinarle las rectas, anunciarle en tinta lo que podría hacerle, dónde y cómo, someterla a un orden riguroso para que ella encontrara simetrías, magnitudes, cánones.

—El dibujo —lamió Emil— es el edificio sin ruido. Sin pensar en la iluminación, en la orientación, en la altura. Sin atender al orden, a la ubicación del resto de los edificios, a los árboles, a los parques, al tráfico. Una construcción sin condiciones, sin mundo, eso es mi dibujo. No me importan las proporciones, ni la coherencia. Tienes razón: no es verosímil, no es armónico. Hay un desorden que lo puede hacer incomprensible. Tal vez es demasiado esperpéntico, pero contiene lo fundamental, las claves. Si mis edificios estuvieran vivos, los dibujos serían escenas que rescato de sus vidas; si fueran retratos, serían los ojos, la nariz y la boca, lo necesario para identificarlos. Es verdad que a veces me detengo demasiado, y dibujo todas las pestañas de esos ojos, pero ya vendrá el diseño a poner orden, a matizar, a canalizar las proporciones. O no. El dibujo soy yo a solas... sin la arquitectura —aseguró Emil de un pecho a otro, sintiendo las manos de Oona, que apretaban, para no dejarlo

escapar, en la nuca, su itinerario: del tórax al ombligo, debajo del ombligo, en un rincón de piel más blanca.

—Cuéntame más —terminó ella la conversación.

Le arrancó el cinturón de cuero de su abrazadera, separando la púa, dejando al descubierto el agujero, tirando de la hebilla. Giró el botón del pantalón. Bajó la cremallera.

Emil metió la mano dentro de la franja elástica, superó la segunda, y encajó cuatro yemas en el pubis, que rozó con suavidad, llenándose primero de piel áspera y, más tarde, más abajo, de hebras inundadas.

Se desnudaron allí mismo, en la cocina, frente a la chimenea, al cobijo de la prosperidad. Ella aún vestía unas bragas pequeñas cuando él se despidió de su última prenda. Se dejó apresar y observó la mano firme pero leve, soportando una erección brillante de saliva, los ojos de los dos abiertos, buscándose en la altura. Cuando Oona separó los labios, se limpió el goteo de la boca y corrió hacia la habitación que compartían.

Emil no corrió: llegó sin prisa, como un viajero o un turista. Echada sobre la cama, Oona el animal, Oona el sátiro.

—Aquí —le ordenó ella.

Se bajó las bragas hasta las rodillas, que alzó unos centímetros para ofrecer el pequeño trozo de

tela oscurecido. Emil obedeció, sumiso e impaciente, contemplando dos labios hinchados en el centro de su laberinto. Se arrodilló sobre el colchón: buscaba un verbo que los contuviera a ambos. Ella lo llamó separando las piernas, sin mirarlo apenas, dejándolo escoger, sacudiendo la cintura con espasmos de celo. Emil abrió el cajón de la mesilla, buscando algo. Oona lo detuvo y le tomó la mano, chupando un corazón y un índice que le supieron como un solo dedo lisérgico.

--

—¿Por qué no hablas?

No era una mujer, sino una niña. Tenía esa edad a la que la belleza está a punto de explotar en el rostro y revelar, para quien observa cuidadosamente, la persona que vendrá cuando termine el trance de la juventud. El Mudo recordará sus ojos azules salpicados de esquirlas, agarrotados detrás de grandes ojeras, hartas de jugo, como uvas. Anticipó para ella una belleza serena y melancólica, sin magnetismo erótico, siempre latente. Quiso la desventura que no pudiera verla madurar y confirmar su profecía, ni averiguar por dónde habría empezado a dibujarse el contorno de sus formas: eran esquirlas rojas, acaso anticipaban.

Por sus venas corría una violencia sublimada, como un dedo que aprieta en el lugar preciso. Era

una princesa de la desesperanza, de la insatisfacción, del no lugar, que nunca adormecía sus impulsos ni su cólera: una flor iracunda, parecía, acostumbrada a ser arrancada de la tierra, comida por insectos. Y la naturaleza, jugando a la comedia, la había bendecido con un cuerpo minúsculo, apenas cuarenta kilos de corazón y enojo.

Se presentó como Hache.

—¿Cómo se llama tu amigo?

Siempre fue generosa con el perro, al que nada, salvo el Mudo, instalado en el medio como una coma entre dos frases opuestas, la hermanaba. Tenía algo de perro ella también, quizá.

Hache de Helena, o de Herta, o de Hannah.

Aceptaba los silencios del Mudo con paciencia, como si entendiera que había fallas en las otras vidas, además de en la suya. Ella asentía o negaba, respondiéndose a sí misma, pateaba una lata, se peinaba los nudos del flequillo. Él la vio pelear con hombres más grandes y más fuertes, incluso con dos o más en una misma riña. Nunca le dejó intervenir, ni a él ni a su perro, a pesar de los golpes y la sangre, y las cosas peores.

—Esto es mío —decía, limpiándose.

Hache de Himen, o de Hematoma, o de Herrumbre.

En un extremo del cabo que la ataba al Mudo, la primera vez: la calle helada, el cielo que parecía patinar de frío. Hache mugrienta, vestida con una

cazadora y unos pantalones negros, y un edredón viejísimo sobre los hombros, repleto de agujeros. Llevaba una mochila con una sola asa, perforada con imperdibles, decorada con dibujos de colores vivos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

El Mudo chasqueó los dedos y el perro se desplazó al otro lado del banco. Hache se quitó la mochila, que colocó entre ella y el hombre, y se sentó.

—Qué mierda todo.

Ella no sabía dónde estaban. Mejor: ella sabía dónde estaba, pero no sabía que el Mudo tenía motivos para estar precisamente ahí, precisamente a esa hora.

—¿Quieres un cigarro? —le ofreció.

El Mudo negó con la cabeza. Hache se encendió uno.

—¿Tienes dónde dormir?

El Mudo asintió. Entre esa pregunta y la frase siguiente, pasaron varios minutos de silencio.

—Yo no.

Sucedieron la tarde, cientos de personas, ocho cigarros más, ninguna palabra. De vez en cuando ella lo miraba, o acariciaba al perro, que rondaba su mochila con curiosidad.

—No hay nada —le decía—, guapo. Nada que pueda compartir contigo.

Se corrigió:

—Bueno, guapo no.

Más minutos de nada, más personas, un coche de policía con la sirena encendida, una ambulancia. En un momento dado, la niña se levantó.

—¿Me la cuidas?

Dejó la mochila en el banco y salió corriendo. El Mudo tiró del asa, acercando la mochila a su cuerpo unos centímetros. Hache regresó al cabo de quince minutos, con la cara hinchada, jadeando. Sacó un bocadillo de la cazadora y lo partió en dos trozos. Le ofreció uno al perro, que lo tragó sin masticar apenas, como si lo bebiera. El otro se lo ofreció al Mudo.

—Gracias.

El Mudo sonrió, y con un gesto de la mano rechazó la oferta. Ella le devolvió la sonrisa. La mitad del bocadillo le duró menos de un minuto. Después, se encendió el décimo cigarro.

Llegó la noche. Las personas pasaron de cientos a unidades, un goteo esporádico que tendía a poco más de cero, porque siempre hay alguien. El Mudo hizo un ruido con la boca y el perro se alzó, moviendo el rabo. Él se levantó después.

—Ha estado bien —sonrió ella.

Muy despacio, mirándola a los ojos, como si temiera un ataque y quisiera combatirlo con caricias, el Mudo tomó la mochila por el asa y se la colgó del hombro. Ella saltó del banco, con los puños cerrados, pero él no se impresionó; tan sólo le señaló una dirección, sin aspavientos.

Hache de *Huella*, o de *Hallazgo*, o de *Huérfano*.

En el otro extremo del cabo, la última vez: el mismo rostro, los mismos puños. Los dedos imposiblemente largos, amoratados, las uñas partidas desde su nacimiento. El Mudo no recuerda que gritara ni siquiera cuando el último suspiro se le rompió en pedazos. Sí recuerda, no obstante, la cazadora, los pantalones negros, el edredón viejísimo repleto de agujeros, el cielo que parecía contener tres soles, la calle hirviendo. Su cuerpo aún en la plaza Roithamer, pudriéndose.

Hache de *Horror*, o de *Hache*.